

5. Ser pobre

“Entonces dijo a los discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará. ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla?»” (Mt 16,24-26)

Siempre tenemos la tendencia, nacida con el pecado original, de poner nuestra seguridad en lo que poseemos, en lo que acumulamos, en la cantidad de bienes, de fuerza, de números que tenemos en nuestras manos. Una cantidad que nunca nos satisface, que nunca será suficiente. ¿Por qué? Porque nuestro corazón no está hecho para estar satisfecho y sentirse seguro de esto. Nuestro corazón está hecho para sentirse seguro y satisfecho por Alguien, por el Padre. No de lo que poseemos, sino del Padre que nos da todo, que quiere darnos todo.

Cuando el hijo pródigo recibe de su padre su parte de la herencia, se cree satisfecho por esa *cantidad* de riqueza que guarda en su bolsa. Se cree seguro y satisfecho con ese dinero. Vive de eso, de esa cantidad de riqueza que no sólo ha buscado, sino que ha obtenido, que ya no tiene que buscar. Y todo se acaba, la cantidad de bienes, desprendida de su fuente, el padre, se acaba. Entonces, el hijo vuelve a casa porque recuerda que su padre es la fuente de los bienes que necesita para vivir, y que no sólo es la fuente de los bienes para sus dos hijos, sino también para todos los jornaleros y sirvientes que viven y trabajan en su casa: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. (Lc 15, 17-19)

Se puede poseer el mundo entero, como también se lo ofreció Satanás a Jesús tentándole en el desierto –“De nuevo el diablo lo llevó a un monte altísimo y le mostró los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: «Todo esto te daré, si te postras y me adoras»” (Mt 4,8-9)– pero si uno pierde la relación con el Padre, fuente de la vida, lo pierde todo. Si uno pierde su vida, su alma, ya no es él mismo, ya no es el sujeto de su existencia, y toda la cantidad de bienes que cree poseer, la pierde, porque ya no está ahí, ya no es alguien, ya no es un yo que posee, que goza, que puede ser feliz y estar satisfecho.

Hace unos meses visité en Talavera de la Reina a una querida monja anciana, Sor Teresa. Debilitada de cuerpo y mente, hacía tiempo que apenas hablaba, pero cuando entré en su habitación de la enfermería, me recibió toda feliz. Nuestro diálogo fue muy limitado. Entendía bien lo que le decía, pero siempre era como si las respuestas tuvieran que surgir con dificultad de las profundidades de su conciencia, y a menudo era incapaz de expresarse. En un momento dado, me encontré preguntándole qué le parecía más importante, en qué creía que debíamos centrarnos para vivir y reavivar nuestra vocación en el momento presente. Al cabo de un rato, desde el fondo de su conciencia, me respondió con claridad y convicción: “¡Ser pobres!”

La dejé con la certeza de que esa respuesta era y es como una palabra profética que debía atesorar para mí, para la Orden y para la Iglesia. De hecho, desde entonces me doy cada vez más cuenta de que en el seguimiento de Cristo que se nos pide, ser pobres es una cuestión de vida o muerte. Una pobreza que no es sólo material, sino ante todo una posición del corazón, una pobreza de espíritu, sí: un “ser”: “¡Ser pobre!”.

Sor Teresa vive ahora en una pobreza extrema: depende totalmente de los cuidados de sus hermanas y cuidadoras. Ya casi no puede hablar y, al parecer, también le ha sido arrebatada su serenidad, su paz, como quien vive una “noche oscura”. Pero no está privada de amor, y su pobreza lo acentúa aún más.

Unas semanas antes había encontrado en Vietnam, en su monasterio de Thien Phuoc, la víspera misma de su muerte, a otra persona profética que tuve la gracia de conocer y frecuentar en estos años de mi ministerio: el padre Maxime, casi centenario. También él me había recordado siempre la pobreza alegre y llena de amor. Una vez me había dicho, riendo: “Jesús vino en un pesebre, ¡pero hoy a veces en vez de ser pesebres para Jesús somos palacios de Pilatos!”.

Cuando Jesús llamó al joven rico, dejó muy claro que la posesión del tesoro del cielo está indisolublemente unida a la pobreza, una pobreza que da, una pobreza en la que se exige el desprendimiento de los bienes para “ser pobre”, para un esplendor de la persona que la haga coincidir con el don, el amor y la preferencia de Cristo. “Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme” (Mc 10,21).

Quizá no reparamos lo suficiente en que, cuando el joven rechaza esta llamada, no sólo traiciona el amor de Cristo: también le falta amor al prójimo, amor a los pobres. Al fin y al cabo, Jesús, al amarle, le pidió que se dejara amar hasta el punto de amar a los demás como Jesús le amaba a él, como Jesús amaba a todos los pobres. También él era a los ojos de Jesús un pobre al que le faltaba la riqueza esencial para la vida humana: el tesoro del cielo, un tesoro incorruptible, la vida eterna.